

Incoherencia

SIRIRÍ
MARIO
FERNANDO
PRADO



¿ALGUIEN ME PODRÍA EXPLICAR LO siguiente? Por una parte, el Estado celebra y hasta auspicia que se hagan inversiones con capitales nacionales y extranjeros con el fin de generar empleo y desarrollo, y por la otra, ese mismo Estado propicia una competencia desigual entre los productos fruto de esas inversiones y los productos similares extranjeros que se ofrecen a menor precio así no sean de la misma calidad.

En su momento se impulsó y apoyó por parte del Estado el montaje de las destilerías de etanol, que se utiliza como oxígeno pa-

ra reducir las emisiones contaminantes del medioambiente y, además, para subir el octanaje de las gasolinas.

De esta manera fueron varios los ingenios azucareros que construyeron sendas destilerías para atender tales expectativas, con inversiones multimillonarias que han conseguido incrementar sustancialmente la generación de empleo y aprovechar al máximo los residuos de la caña de azúcar.

Sin embargo, y una vez puestas en funcionamiento las gigantescas destilerías, el Gobierno permite que se importe etanol de los Estados Unidos proveniente del maíz, el cual llega a un precio inferior al nacional aunque de una deficiente calidad.

Se plantea entonces no solo una competencia desleal, sino que además el etanol gringo tiene una reducción del 40% de los ni-

veles de contaminación al mezclarse con la gasolina y nuestro etanol reduce hasta en un 74% tal contaminación.

¿Y por qué el etanol del Tío Sam es más barato? Sencillamente porque en los Estados Unidos el maíz tiene un subsidio que le da el Estado a sus cultivadores.

Así las cosas, las seis destilerías —ubicadas en el Valle del Cauca— están a reventar y en serios riesgos de que se clausuren y se conviertan en elefantes blancos, dejando a miles de familias en la calle, y se pierdan los billones invertidos. Por otra parte, y con semejanza antecedente, ¿quién se le va a medir a montar nuevos negocios?

Por ahí anda engavetada una resolución para evitar que siga entrando a nuestro país etanol de más baja calidad que el nacional. De eso hace año y medio.

'Black Mirror'

VIVIAN
NEWMAN*



CHARLIE BROOKER, EL CREADOR de *Black Mirror* ("Espejo Negro"), concibió el nombre de esta serie de Netflix por las pantallas negras de televisores, computadores, ípads y celulares: cuando no están en uso reflejan la cara de quien se sirve de la tecnología. Lo negro del espejo, pienso yo, hace alusión a la forma como la tecnología que está detrás se sirve de nosotros. Brooker no quiere asegurarnos que las cosas están bien. Al contrario, quiere desacomodarnos y nos preocupemos, especialmente por dos desarreglos que genera la era digital: la inseguridad y la discriminación.

Lo importante sucede sobre todo detrás del espejo oscuro. Los datos, que son el rastro que deja el usuario, se recogen detrás de la pantalla negra y forman ese otro yo que está en una nube esperando ser analizado y explotado. Así como los cuartos de detención en las películas donde no se ve lo que pasa afuera, pero los detenidos sí son escudriñados para analizar sus comportamientos y saber si son responsables de un crimen.

¿Qué seguridad puede tener nuestra intimidad e información privada recolectada por el espejo negro? Los operadores de telecomunicaciones dicen que está segura porque ellos no entregan la información sino bajo solicitud expresa del Gobierno y en cumplimiento de la ley. Pero la ley, al menos en Colombia, les exige entregar a los organismos de inteligencia, sin necesidad de autorización judicial, cualquier información que contribuya a localizar a sus abonados. Así que seguros, seguros, no estamos. Tampoco lo están, por ejemplo, opositores políticos y activistas mejicanos a quienes los acaba de atacar un *malware* de espionaje que solo puede comprar el Gobierno.

Por otra parte, la discriminación que se deriva de la tecnología es imperceptible. Brooker nos lo recuerda a través de un episodio en el que el celular evalúa la popularidad de una persona en las redes sociales (de cero a cinco estrellas como cuando uno califica a su taxista y su taxista lo califica a uno). La evaluación es importante porque el puntaje que cada uno tenga permite conseguir trabajo, crédito y ser aceptado. Y no creamos que *Black Mirror* es la dimensión desconocida porque esto ya sucede con Alibabá, que es la plataforma china en la que el historial de compras de cada usuario predice el comportamiento crediticio. Así que si en el vecindario tienes una discusión o piensas diferente, vas perdiendo puntos y con ello la posibilidad de aceptación virtual y real. Los puntos son entonces discriminatorios porque se basan en prejuicios y criterios arbitrarios o incluso en circunstancias que nada tienen que ver con el talento o el mérito.

Además de la encriptación o el uso de un explorador como TOR que no deja huella de datos personales, una buena cura para luchar contra la poca seguridad y la discriminación es la transparencia que debe acompañar al espejo negro. Si sabemos cómo funciona el algoritmo de Google o Alibabá o qué tipo de información están pidiendo los organismos de inteligencia, podremos al menos cuestionarlos. Pero esto no es fácil. La inteligencia, en Colombia y en muchas partes, no rinde cuentas y Google y los dioses de internet no quieren responder ante ninguna jurisdicción. Por eso Brooker siempre termina *Black Mirror* con una nota devastadora, porque en esta distopía de sociedad inmersa en la tecnología, cada día que pasa perdemos más el control y se lo cedemos a quién mañana lo podrá usar en nuestra contra.

* Subdirectora de Dejusticia

Chócolo

La solución para Venezuela es que los gringos se metan y saquen a Pastrana.



De cara a las presidenciales

FRANCISCO
GUTIÉRREZ
SANÍN



CON EL LANZAMIENTO DE LA CANDIDATURA presidencial de Humberto de la Calle queda casi completo el elenco de protagonistas de esta elección del 2018, que las fuerzas del progreso social y la democracia en Colombia no se pueden dar el lujo de perder. Sólo falta que la extrema derecha solución su crónica crisis de sucesión y encuentre a la ficha de confianza de su caudillo.

La propuesta presentada por de la Calle es simple y atractiva. Las ideas: defensa de los acuerdos de paz, del crecimiento económico y de la inclusión social, basada en la argumentación energética pero sin odio. Las credenciales: de la Calle ha gestionado con éxito rotundo los dos grandes procesos de cambio social positivo que ha tenido Colombia en las últimas décadas, la Constituyente y el acuerdo con las Farc. Ambas coyunturas fueron delicadísimas. En ambas los pronósticos de los expertos eran pesimistas. Ambas estuvieron rodeadas de Casandras que predijeron que salir de la guerra y la exclusión y hacer los cambios necesarios nos llevaría al fin del mundo. Y el resultado de ambas fue un

país mucho mejor, mucho más moderno, en el que cabía mucha más gente.

De lo que deduzco que este tipo absolutamente colombiano sabe lo que es conseguir los objetivos planteados; algo rarísimo en un país en el que toda ineficiencia adquiere con cualquier pretexto carta de ciudadanía. Lo ha mostrado una y otra vez en su larga trayectoria. Cierto, esta también es extraña: pues no la ha construido excluyendo, ni insultando, ni amenazando, ni matando. Sólo convenciendo. Claro, y a veces también denunciando: porque estuvo del lado correcto cuando el tema de la lucha contra la corrupción interrogó a todo el personal político de primera línea.

Pero aparte del programa, las credenciales y el personaje, De la Calle ha puesto sobre la mesa también un mecanismo: que las diferentes candidaturas pro-paz —y hay varias excelentes— avancen por su lado, y confluyan en una consulta en marzo del 2018 que nos permita a todos aquellos que propugnamos por la igualdad de oportunidades, y que no queremos más odios ni ver a más colombianos rotos y destripados, votar por el ganador de entre todos ellos. Este mecanismo clave es la carta de salvación para un país que se encuentra en un momento de decisiones críticas.

¿Salvación? ¿No se trata de un término apocalíptico? Puede ser. Pero no reniego de

él. Pese a cierta demagogia ("los mismos con las mismas", etc.), muy popular y muy insustancial, la mayoría de las elecciones tienen implicaciones. A veces, tales implicaciones son serias. Pero sólo muy, muy rara vez, los pueblos y las naciones se encuentran en el trance de escoger entre algún camino de progreso y otro catastrófico. Esta es la situación en la que estaremos en 2018.

Para estar a la altura de las circunstancias, hay que retornar al discurso de la paz grande: el que conecta con la reconstrucción del país, la inclusión social y el proyecto histórico de formación del Estado en Colombia. Es que las reformas acordadas no se pueden presentar al país como un desagradable sapo que la guerrilla embutió por el esófago de un gobernante bueno pero timorato. Esas reformas —en realidad sólo la cuota inicial de los cambios que necesitamos— están a mi juicio muy lejos de ser "concesiones" a la guerrilla; son el área de intersección entre demandas sociales básicas y los requisitos mínimos de construcción de un estado moderno.

Esa narrativa grande es la que tenemos que recuperar y repensar los pacifistas colombianos. Volveré al tema en próximas columnas. Es mucho más, en todo caso, que sapos y palomitas: es abrirle una ventana de oportunidad a millones de colombianos. Dependerá de ellos impedir que les vuelvan trizas su futuro.